



se aprecia una maduración del pensamiento teológico de Crisóstomo, pues se abordan temas aún no tratados entonces, como la diferencia entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial.

Lochbrunner aprecia algunos fallos en la descripción del sacerdocio de Jesucristo y los atribuye a la situación de la evolución dogmática de aquel momento como consecuencia del enfrentamiento con los arrianos. Otra limitación radica en una escasa profundización en la noción de «carácter» sacerdotal. Y es que Crisóstomo como predicador no desea profundizar siempre en la dimensión meramente especulativa de los problemas, porque los anhomeos emplean una técnica excesivamente racionalista a la que Crisóstomo se opone para realzar el carácter místico de la fe.

Pese a estas limitaciones, la figura del sacerdote es expuesta con brillantez y acierto por parte de Juan Crisóstomo. El rasgo que expresa mejor su esencia es la *presbeia*, «embajada», «legación», «envío», según expone San Pablo en 1 Cor 5, 20: «Somos, pues embajadores —*presbeuomen*— de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros». Así, según Crisóstomo, el ministerio sacerdotal es una «legación de Cristo», pues en su nombre —y no a título personal— se ejerce tal función, y es en ello donde radica la alta dignidad del ministro. Lochbrunner analiza detalladamente el vocabulario teológico referente al ministerio sacerdotal: *arche*, *prostasia*, *epistasia*, *diakonia*, *cheirotonia*, etc.; estas palabras acuñan distintos aspectos de los *munera* del ministro. El más importante es la plenitud del misterio eucarístico, que garantiza la fuerza vital del sacerdocio no sólo a nivel personal, sino en la totalidad del pueblo de Dios.

El libro se concluye con una síntesis de la dimensión histórica y la sistemática con que esta investigación se ha elaborado. Pues la afirmación sistemática de la eucaristía como centro de la vida sacerdotal se cumple en el

plano histórico de la vida de Crisóstomo, el cual vivió la tragedia de su deposición episcopal como una identificación personal con la pasión de Cristo. La disposición de entrega del buen pastor —según la formulación joánica— o el esfuerzo y la fatiga del servicio apostólico —según la formulación paulina— dan a la imagen crisostomiana del sacerdote un impetuoso vigor que aún hoy es capaz de convencer. A la lamentable tendencia actual de reducir la centralidad eucarística del sacerdocio a una mera actividad cultural se contrapone magistralmente San Juan Crisóstomo con la rica y, a la vez, exacta plenitud de su doctrina eucarística y de su predicación.

A. Viciano

**Luis Carlos MANTILLA R.**, *Historia de la Arquidiócesis de Bogotá. Su itinerario evangelizador 1564-1993*, Publicaciones de la Arquidiócesis de Bogotá, Bogotá 1994, 353 pp.

No existía hasta ahora un estudio histórico complejo sobre la arquidiócesis de Santafé de Bogotá y no era tarea fácil realizarlo: los archivos del arzobispado habían sido destruidos, como es sabido, en el incendio doloso de 1948. Luis Carlos Mantilla, profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad de San Buenaventura, de Bogotá, y autor de «Los Franciscanos en Colombia (1550-1700)», obra en dos volúmenes publicada en 1984, ha abordado la empresa, apoyándose en documentación proveniente en su mayor parte del Archivo General de Indias de Sevilla y del Archivo General de la Nación de Colombia. Lo hizo, como él mismo expresa en el prólogo, impulsado por Mons. Mario Revollo Bravo, arzobispo de Bogotá, que deseaba reunir una «breve y completa historia de la Arquidiócesis» (p. 2): el resultado alcanza ampliamente este objetivo.



Tras la presentación de los instrumentos jurídicos de la erección de la diócesis (cap. I), se señala su ámbito geográfico (cap. II); y las estructuras pastorales, parroquias, arciprestazgos y vicarías (cap. III). Completa la descripción de la archidiócesis el estudio de la catedral, la casa arzobispal, las capillas y los santuarios (cap. VIII).

De interés el capítulo dedicado a los sacerdotes (cap. IV). Se destaca la ordenación de criollos y mestizos por Zapata de Cárdenas [1573 a 1590], para solucionar la escasez de clero diocesano. En efecto, de los ciento veintitrés sacerdotes ordenados durante su mandato, veintisiete fueron criollos y quince mestizos. Buena parte del trabajo pastoral en los siglos coloniales la realizó el clero regular: en 1763 Bogotá, con una población de menos de 30.000 habitantes, contaba con más de ciento cincuenta religiosos. El capítulo proporciona datos del clero santafereño en 1824 y en 1836; los datos recogidos del siglo XX corresponden a los años 1944, 1949 y 1956. Incluye como apéndice un informe del Virrey Messia de la Zerda, sobre las condiciones del clero bogotano en 1770, en que se constata el buen nivel moral de los sacerdotes diocesanos, en opinión [!] del funcionario de la Corona. Estudia a continuación el seminario (cap. V).

Al tema evangelizador se dedican dos capítulos: los obstáculos para la evangelización (cap. VI), entre los que incluye la lengua indígena, la pervivencia idolátrica, etc.; y la respuesta que los sínodos y concilios provinciales dieron a los retos pastorales (cap. VII), desde el primero convocado por fray Juan de los Barrios (1556), a los de Lobo Guerrero (1606) y Arias Ugarte (1625), sin olvidar los dos celebrados en la Colombia independiente, en 1868 y 1931.

La labor de la archidiócesis en épocas recientes aparece en tres capítulos: las hostilidades del liberalismo radical (cap. IX), desde sus comienzos, en 1847, con el arzo-

bispo Mosquera al frente de la archidiócesis, hasta los mandatos de los prelados Herrán [1855-1868] y Arbeláez [1868-1884]. Otros capítulos son: uno dedicado a los instrumentos y medios de comunicación del mensaje revelado (cap. X): catecismos más empleados en la transmisión de la doctrina, la prensa promovida por la jerarquía y la acción social en la archidiócesis; otro sobre los días de plenitud de la diócesis (cap. XI), como fueron el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional de 1968 que llevó a Bogotá a Pablo VI y la visita apostólica de Juan Pablo II de 1986.

Por último se presenta una breve relación biográfica de los treinta y ocho arzobispos de Santafé desde la erección de la diócesis hasta nuestros días, acompañada de la enumeración de los obispos coadjutores y auxiliares (cap. XII). Una relación de fuentes documentales, la bibliografía y el índice onomástico facilitan el uso de la obra.

Destaca la figura de Zapata de Cárdenas, prelado reformista, realizador de importantes iniciativas para la edificación de la Iglesia santafereña: promovió el catecismo de 1576 (aunque no publicado) «para la edificación y conversión de los naturales», comúnmente denominado «Catecismo sinodal», pues fueron verdaderas constituciones sinodales; inició el seminario y llevó a cabo, por vez primera, la ordenación de mestizos en Colombia; y fue visitador de la diócesis. En el siglo XIX emerge la figura de Manuel José Mosquera [1835-1853], protagonista de uno de los momentos más fuertes en las relaciones con el liberalismo radical, hasta su muerte en el destierro.

La obra en sus doce capítulos encierra una documentación amplia y variada sobre los temas escogidos. La aportación de fuentes diversas da al resultado un valor indiscutible. Pero la limitación de las fuentes, por las razones antes apuntadas, condiciona la redacción del volumen: esto se nota, por



ejemplo, en la desigualdad de tratamiento de los temas estudiados, y por una menor atención a aspectos de vida cristiana en la archidiócesis, como la práctica sacramentaria y la vida religiosa cotidiana. Pero, ¿cómo llenar estas lagunas, cuando han desaparecido la mayoría de las fuentes? El A. ha hecho un gran esfuerzo y ha llegado hasta donde ha podido.

E. Luque Alcaide

**Manuel MARTÍN RIEGO**, *La formación intelectual del clero. El Seminario conciliar de Sevilla (1831-1931)*, Ed. Caja Rural de Sevilla, Sevilla 1994, 348 pp.

El seminario conciliar de Sevilla ha ejercido una influencia particular en Andalucía: por ser la diócesis de Sevilla la que ocupaba la mayor parte de Andalucía occidental, por estar ubicado en una ciudad de tanto relieve, y por la importancia histórica de la sede hispalense.

La obra de Martín Riego pone de manifiesto que la formación intelectual del clero ha sido una de las preocupaciones de la Iglesia. De esa trascendencia nació la creación de los seminarios conciliares en el Concilio de Trento. Con ellos se pretendía cuidar más la formación cultural y espiritual de los sacerdotes, erradicando la ignorancia del clero. Bastantes de los intentos de reforma habían fracasado por no encontrar hombres preparados para realizarla; en el siglo XVI existía, pues, la convicción de que la reforma pretendida por el concilio tridentino solamente la podían llevar a cabo personas preparadas y capacitadas. El seminario conciliar estaba llamado a ser el medio para dotar al pueblo de pastores intelectualmente formados y que sirvieran de ejemplo en la vida cristiana y espiritual.

Martín Riego, director del departamento de Historia de la Iglesia del Centro de Es-

tudios Teológicos de Sevilla y director de la revista *Isidorianum* editada por ese Centro Académico, ha acometido la difícil tarea de desentrañar los archivos y presentarnos una obra muy trabajada. Desde hace años investiga en la historia contemporánea de la iglesia hispalense con las más variadas perspectivas: demográfica, económica, social, etc. Pero siempre ha manifestado un interés especial por el análisis del clero parroquial, porque sobre él gravita la atención pastoral de los fieles y porque frecuentemente es un sector olvidado en la investigación. Ya en su tesis doctoral, *Iglesia y sociedad sevillana en la segunda mitad del siglo XVIII* (Sevilla 1989), había dedicado una extensa parte al clero parroquial; por su elaboración constituía una auténtica sociología del clero en la sociedad del Antiguo Régimen. Posteriormente en otros artículos e investigaciones el autor ha ido completando los primeros estudios realizados.

En el estudio que ahora analizamos el autor muestra un panorama completo de la vida científica, espiritual y disciplinar del Seminario Conciliar de Sevilla, y desde ahí aborda la preparación del clero de gran parte de Andalucía occidental, en un período desconocido por la bibliografía. El estudio de procedencias y extracción social completará la radiografía del clero que sostuvo la fe del pueblo en momentos delicados de la historia reciente de España. Su pretensión, en definitiva, es acercarse a la realidad intelectual del clero parroquial en la archidiócesis hispalense. La obra comprende un siglo exacto, pues parte de 1831, año de la erección del seminario conciliar —con dos siglos y medios de retraso respecto a lo mandado a los prelados por el concilio de Trento—, y finaliza en 1931, fecha de la supresión de la Universidad Pontificia de Sevilla por la Constitución Apostólica *Deus Scientiarum Dominus*.

El libro consta de siete capítulos, uno de ellos dedicado a la formación intelectual del